

## MAUPASSANT Y LA CONDESA POTOCKA

La más célebre conquista de Maupassant fue la condesa Emmanuela Potocka.

Nacida en 1852 en Nápoles, de una ilustre familia, Emmanuela Pignatelli di Cergharia era una auténtica condesa, hija del duque Dio Regina, embajador de Nápoles en Rusia, y de una “devota romana”, como dice Armand Lanoux. Se casó con el conde polaco Félix-Nicolas Potocki, procedente de una gran familia polaca inmensamente rica, agregado a la embajada Austro-hungara. Según el conde de Vaux, un amigo de Maupassant, Potocki era *“uno de los deportistas más distinguidos de la colonia extranjera de París. Se le encuentra por todas partes en las que se deja ver el mundo elegante: es uno de los extranjeros más parisinos de París. Hombre de una gran distinción, de una considerable fortuna, el conde Potocki pertenece a las tradiciones de la vida de alta alcurnia”*.

Esta cosmopolita pareja ocupaba un suntuoso palacete particular en el nº 27 de la avenida de Friedland, de inspiración neoclásica acabado en 1882, convertido desde entonces en la sede de la Cámara de Comercio. Este palacete era, en la época, denominado el “Crédito Polaco”, pues era frecuentado por una incesante muchedumbre de refugiados mendigantes.

Maupassant fue presentado a Emmanuela en 1882 por su amigo Georges Legrand.

### **El salón de la Condesa Potocka**

La condesa Potocka regía un salón que fue uno de los más brillantes de los años 1880. Pianista avezada, anfitriona sin igual, dotada de un encanto excepcional, sedujo e inspiró a numerosos espíritus de su tiempo. De principio algunas plumas: Pablo Bourget que, lejos de ser insensible a sus encantos, la describió en 1898 en su novela “La Duchesse Bleue” bajo los rasgos de su heroína Camilla Favier, *“veintidós años, de tez color rosa té, una boca triste en reposo y tierna al sonreír, ojos azules, para acabar la*

*sinfonía, de un azul pálido, pálido, pálido con un punto negro en medio, que aumentaba algunas veces hasta invadir toda la pupila, cabellos color tabaco de Oriente, y delgada y ligera, y joven, joven...”.*

Maupassant no duda en atribuir el éxito de “Une Vie” a ese providencial encuentro. “*Estoy encantado, escribía a la condesa. “Une vie” va de maravilla. Nada podía producirme más satisfacción que este éxito. ¿Sabe que es en gran parte gracias a usted a quién se lo debo? Quiero agradecerse de rodillas*”.

En cualquier caso, Maupassant sabía como escribir a las damas.

El Vizconde Eugène-Melchior de Vogué, que ingresó en la Academia Francesa en 1898, le escribía regularmente cartas inflamadas, al igual que el jovencísimo Marcel Proust – nacido en 1871 – y por supuesto el inevitable Edmond de Goncourt.

Otras bonitas pinceladas igualmente:

Georges Legrand que había presentado a Maupassant a la condesa, Henri Gervex, Jacques Emile Blanche, el hijo del doctor Blanche que trataba a Maupassant, joven enamorado transido, Jean Béraud, su retratista, Edmond Detaille, pintor de temas militares, Dubois de l'Étang.

Pero igualmente el compositor Charles Marie Oidor, organista en Saint Sulpice, autor de varias sinfonías para órgano, el músico Albert Cahen d'Anvers, marido de Lullia, el filósofo Elme Caro de la Academia Francesa y de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas, respetuoso admirador, el conde Robert de Montesquiou-Fezensac otro fiel entre fieles, mecenas y dandy, que le escribía unas extraordinarias cartas por su estilo amanerado y su caligrafía, el banquero Albert Kann y Marie Kann su esposa.

Sin contar a una miríada de personalidades del mundo político, diplomático, artístico y evidentemente aristocrático.

Emmanuela no era sin embargo de fácil acceso. Fría, calentabraguetas, calculadora, irónica, se divertía contemplando la corte de adoradores que se presentaban a su alrededor en su salón, y cuya calidad no era siempre compatible con la idea que ella se hacía a si misma de su propio valor.

Maupassant parece haberse inspirado en la condesa en parte, para describir a Christiane Andermatt, la heroína de “Mont-Oriol”, y la baronesa de Frémines en “Notre Coeur”, criatura neurótica conocida en todo París como la más extravagante de las mundanas de la alta sociedad.

## **La cena de los macabeos**

Emmanuela había tenido la idea de reunir su corte más próxima en fecha fija en una gran cena, con vajilla lujosa, vasos de cristal, jarrones de rosas y criados con librea, “La cena de los Macabeos”. Cada invitado estaba obligado a representar el papel de un “muerto de amor”. Pero entendámonos bien: Emmanuela no tenía la intención de resucitar la mitología romántica. ¡Había que estar muerto, no de desesperación sino de agotamiento! ¡Inútil decir hasta que punto el autor del poema “au bord de l’eau” se sentía allí a sus anchas! Los laureados recibían un “colgante”, joya emblemática que portaba la divisa “quién me ama me sigue”, lo que implicaba un compromiso por parte de los “puercos”. Que la cena de los macabeos acabase convirtiéndose en una pura y simple bacanal, no impedía al digno conde Potocki abandonar a veces su principal relación, Emilienne d’Alençon, para ocupar el sillón presidencial y rendir así homenaje a la imaginación de su legítima esposa.

Emmanuela, bajo unas apariencias infranqueables, sabía hasta donde permitir las privacidades. Y los hombres que la deseaban no podían jactarse de saber si conseguirían o no algún día sus fines. Se llegaba incluso a pretender, al menos así lo afirma Pablo Morand, que “*perros feroces guardaba su castidad y su habitación con balaustradas de oro*”. En cuanto a Gervex, repetía a quién quería oírle que la Potocka “era virgen”.

Eran miembros del club de los Macabeos: Bachelier, Jean Béraud, Elme Caro, Dubois de l’Étang, Albert Kann, Georges Legrand, Henri Gervex, Macronoski, un oscuro polaco, Gustave Schlumberger, Olivier Taigny, Adrien de Montébello.

Maupassant era invitado del club.

A Maupassant le gustaba en particular el ambiente de ese singular salón, esas reuniones de “Macabeos”, los personajes que allí encontraba, la anfitriona, por supuesto, y no dejaba nunca de ir cuando estaba en París. Enseguida Maupassant comenzó a mantener una regular correspondencia, minuciosa en detalles sobre su vida y sus ideas, escrita en términos agradables de leer, a menudo poética, representando a la vez el tributo de su fidelidad y el arte de no hacerse olvidar por la bella Emmanuela.

Esta correspondencia de Maupassant a la condesa Potocka presenta un inmenso y doble interés; permite precisar mil preciosas informaciones sobre su psicología, su vida y sus viajes, su enfermedad e incluso sus obras y sobre todo descubrir un aspecto de las relaciones que Maupassant podía tener con una mujer.

Así, respecto de su psicología:

*“No, Señora, no soy un hombre de sociedad, protesto y me enfrento. Cualquiera cosa menos eso. Tengo por esas personas un desprecio instintivo y razonado al mismo tiempo que no tiene límites”.*

O de sus fetiches:

*“La mano, desde que ha regresado de su casa, me parece estar poseída de una agitación extraordinaria. Palpita toda la noche como si hubiese deseado desprenderse de mi. ¿Tal vez se haya usted equivocado al conservarla como fetiche? Pero yo tengo otros singulares fetiches. ¿Quiere usted uno? Tengo el zapatito de una pequeña china muerta de amor por un francés. Ese talismán concede felicidad a los deseos del corazón. Tengo también una gran cruz de cobre, muy fea, que hacía milagros según parece en el pueblo donde la he encontrado. Desde que ella ha encontrado en mi casa, ya no ha hecho más. Es tal vez el medio lo que la molesta. Colgada en su casa, Señora, ella volvería a encontrar sin duda su influencia bienhechora. Tenga cuerda de sogas de la que nunca he comprobado el poder. Pero lo que poseo más curioso son dos apéndices de un hombre engañado por su mujer y muerto de pena. La esposa culpable conservó el pie y la cornamenta de ese marido tan sensible y desgraciado, y los hizo soldar juntos. Ignoro cual puede ser el efecto de ese objeto. Diga, Señora, ¿quiere usted un fetiche? Debo añadir que mis amigos dicen que yo mismo doy buena suerte...”*

Entre las otras numerosas cartas dirigidas a la condesa, hemos destacado dos, adornadas con un pequeño dibujo a los que Maupassant estaba acostumbrado, ilustrando más particularmente sus relaciones con la condesa, con una profusión de subentendidos muy difíciles de interpretar: la penitente – Maupassant director de conciencia – y la invitación a Chatou.

## **Conclusión**

¿Fue Emmanuela su amante?

Maupassant tenía muchas cualidades, mucho encanto, sabía ser persuasivo, presentaba muy bien los argumentos favorables, era uno de los más guapos florones de su salón y Emmanuela pudo dejarse conquistar al principio de sus relaciones: la ocasión, la hierba blanda, la curiosidad quizás...

A menudo la mujer cambia... nos ha informado un eminente especialista.

Pero ella no le durará seguramente mucho tiempo. El propio Maupassant se lamenta:

*“Cannes, 1 de diciembre de 1885:*

*Acabo de terminar un libro que se desarrolla en Auvergne, y el Lago Pavin queda, en mi memoria como un punto sensible. He tenido, ese día, cuando caminaba por las gruesas piedras, una emoción que no he vuelto a encontrar, en la cual pienso muy a menudo con pesar, con remordimiento, pues es mi falta... Mi falta involuntaria, si no he sido el Amigo que habría querido ser para usted”:*

También es posible que ella no fuese nunca su amante.

El tono de las cartas que le ha dirigido Maupassant no es el de un ex amante, sino el de un hombre con apego, admirador, desde luego, pero manteniéndose dentro de la pura amistad.

Sea como sea, Maupassant y la condesa continuarán manteniendo estrechos lazos, y Maupassant le escribirá hasta el final de su vida cartas donde cuenta sus alegrías y penas.

Asombrosa correspondencia durante cerca de diez años, Maupassant comienza siempre sus cartas y misivas por “Madame”, confía a la condesa la mayoría de sus actividades, de sus proyectos, de sus reflexiones, de igual modo que las habría podido consignar en un diario íntimo, conserva siempre un tono absolutamente amistoso pero siempre muy respetuoso, termina siempre mediante una fórmula de devoción y persevera hasta su último brillo de lucidez.

¿Qué pensar entonces de esta fidelidad inhabitual en ese terreno con Maupassant? A él le gustaba en particular el ambiente de ese singular salón, de esos encuentros con los “Macabeos”, con los demás personajes que allí encontraba, con la anfitriona, por supuesto.

Separada del conde, Emmanuela deja el palacete Potocki bruscamente a finales de 1887 llevando sus bienes personales, para instalarse en el nº 14 de la calle Chateaubriand con su madre, donde Maupassant continúa escribiéndole, luego en un pequeño hotel de Auteuil.

Unos cuarenta años más tarde, el 18 de diciembre, la condesa Emmanuela Potocka, una de las más descollantes figuras de “La Belle Epoque”, a la edad de ochenta años, arruinada, abandonada, muere en su pequeño hotel del barrio Auteuil.

La condesa Emmanuela Potocka está enterrada en el cementerio del Padre Lachaise en el panteón de la familia Pignatelli, cerca de la tumba de Héloïse y de Abélard...

Ese panteón está siempre perfectamente cuidado.

Philippe DAHHAN

© Philippe Dahhan. *Bulletin Flaubert-Maupassant*. Amis de Flaubert et Maupassant, nº 9 - 2001

Traducción de José Manuel Ramos González para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>